

Queridos amigos,

Una Reflexión de Pascua

He hablado varias veces de mi casa en Pensilvania. Es pequeña, de poco más de 93 metros cuadrados, pero está justo a orillas del río Delaware. No se puede llegar desde el lado de Pensilvania. Hay que remontar el río por el lado neoyorquino, por la Ruta 97. Al llegar, paso por un tramo de la Ruta 97 llamado "Nido de Halcón". Es un tramo sinuoso en forma de S, muy por encima del río Delaware, con una hermosa panorámica del valle de Delaware en tres direcciones, y un pintoresco muro de piedra que bordea la carretera, un lugar favorito para fotógrafos, amantes de la naturaleza y simplemente enamorados. Se ha visto a menudo en anuncios de coches.

Un día a principios de Agosto, hace varios años, iba conduciendo por Nido de Halcón y, junto al muro de piedra, había un altar con flores, velas, peluches y cuadros. Tristemente, supe de inmediato lo que significaban. Alguien había muerto allí. Más tarde, un vecino me enteró de que una joven de Yorktown Heights estaba sentada en el muro, como muchos hacen, tomándose una selfi, y se inclinó demasiado hacia atrás, cayendo por el acantilado hacia su muerte.

Ya sea en esa escena, en un punto de la carretera, en una calle de la ciudad o en una

escuela, cuando el mundo moderno se encuentra con la muerte, especialmente con una muerte trágica, nuestros rituales crean santuarios con velas, peluches, fotos de los difuntos y miles de flores. La humanidad se retrae ante la muerte; tiene una necesidad innata de traer luz, ternura y belleza a la fealdad de la muerte. Y no hay muertes educadas. Todas las muertes son reales y dolorosas. Y hay en nosotros un clamor interior contra la muerte: esto no debería ser; esto está mal.

Y hay un clamor interior en el corazón de nuestro Dios - esto no está bien, esto no debería ser, esto no es lo que yo pretendía.

Pero el pecado entró en el mundo. Por la decisión de la humanidad de ignorar la palabra de Dios, la muerte se enterró con él. Y desde ese momento, ese mismo instante, nuestro Dios amoroso, quien halló todo bueno, ha procurado restituir al mundo su gracia con esa misma bondad. Toda la Escritura, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, da testimonio de la voluntad de Dios de restituir su gracia a su mundo. Buscó a un hombre de fe y, a partir de él, formó un pueblo. Condujo a ese pueblo de la esclavitud a la libertad. Envío mensajeros, los profetas, que les recordaron a este Dios de la Promesa, que saciaría su

hambre, saciaría su sed y les daría un corazón nuevo. Él sería fiel, incluso en su infidelidad, y cuando todo lo demás falla, Él mismo viene, personalmente, en la PALABRA, en su Hijo, Jesucristo. Y Dios vence a la muerte en Jesús, de adentro hacia afuera. Asumiendo la muerte, no una muerte cortés, en un lugar tranquilo, sino una muerte humillante y dolorosa, en una cruz, en una encrucijada a la vista de todos. Y Él vence esta muerte, de adentro hacia afuera, y trae una nueva vida. Esta nueva vida es la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte, sobre el mal, sobre la tristeza y la amargura, sobre todo lo que aplasta la vida y destruye la esperanza. Deja que este Cristo resucitado entre en tu vida, recíbelo como amigo, con confianza. Si lo has mantenido a distancia, da un paso al frente; Él te recibirá con los brazos abiertos. Si has sido indiferente, arriésgate; no quedarás decepcionado. Si seguirlo te parece difícil, no tengas miedo; confía en que Él está cerca de ti.

Pero no puedes simplemente irte a casa sabiendo que Cristo Resucitado está cerca de ti. ¿Por qué? Porque esta vida para ti y para mí es ahora. Es una historia que debe ser contada. Debe ser contada porque este Dios de vida y amor desea re-graciarnos, no solo a los que creen, sino al mundo entero. Porque esos peluches nunca podrán

reemplazar la promesa de nuestro Dios: restaurar todas las cosas en Cristo. Por eso, en todas las misas de Pascua renovamos nuestras promesas bautismales: porque esta historia de la gracia de Dios para con el mundo debe verse en nosotros, sus testigos, a través de cada acto de bondad, cada expresión de amor, cada oración pidiendo a Dios que sane a los enfermos y consuele a los afligidos, cada rechazo del lenguaje del odio y el insulto, cada aceptación y cuidado del hambriento, el sediento, el pobre, el desnudo, el extranjero, el inmigrante; cada esfuerzo por la paz y la reconciliación entre los hijos e hijas del único Dios que creó todo y vio que era muy bueno.

Vayamos más allá de la Pascua como un evento, vívala como un estilo de vida. Por Dios y por el mundo, compartamos esa historia con una palabra, con una acción, con nuestro comportamiento, con una sonrisa en el rostro y una alegría renovada en el corazón, porque

**CRISTO HA RESUCITADO,
VERDADERAMENTE HA
RESUCITADO!**

Que Dios los bendiga y les deseo una Feliz Pascua,

P. Ron